

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra

L. M. Gonzalo

Facultad de Medicina. Universidad de Navarra

El 19 de enero celebramos el centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei y Fundador y Primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Es esta una fecha muy adecuada para recordar algunos de los rasgos de su espíritu que contribuyen a la formación y desarrollo de la Universidad de Navarra y, en especial, de la Facultad de Medicina.

En primer lugar debemos agradecerle su creación, pues, como él mismo dijo en cierta ocasión: "surgió en 1952, después de rezar durante años (siento alegría al decirlo), con la ilusión de dar vida a una institución universitaria, en la que encajaran los ideales culturales y apostólicos de un grupo de profesores que sentían con hondura el quehacer docente"(1).

La Universidad comenzó como Studium Generale y con una sola Escuela, la de Derecho. Dos años más tarde abrió sus puertas la Facultad (entonces Escuela) de Medicina y en su nacimiento intervino muy directamente el Beato Josemaría. En efecto, en otoño de 1953 tuvo en Madrid una reunión con un grupo de fieles del Opus Dei, varios de ellos catedráticos de Universidad, en la que les planteó la posibilidad de poner en marcha la Facultad de Medicina. El parecer de los consultados fue negativo y era humanamente comprensible, porque una Facultad de Medicina no sólo exige profesores, aulas y libros, sino también laboratorios y un hospital clínico. Estas dos últimas condiciones parecían muy difíciles de conseguir en el naciente

Studium Generale. El Beato Josemaría, después de escuchar la opinión de los reunidos, no entró en el tema y, mientras se levantaba, comentó "¿Y si lo estudiarais un poco más?". Era evidente que deseaba, a pesar de las dificultades, la puesta en marcha de la Facultad de Medicina. Los asistentes quedaron en estudiar con detenimiento el asunto y, pasados unos días, se volvieron a reunir. El resultado de esta segunda reunión fue que la creación de la Facultad de Medicina era un reto exigente, pero asequible. Una vez más quedó patente el espíritu magnánimo y de fe operativa que siempre caracterizó al Fundador del Opus Dei, espíritu que supo inculcar en todos los que le seguían de cerca. Comenzaron, pues, las gestiones para las que el Beato Josemaría quiso contar con el Profesor Jiménez Vargas, entonces catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina de Barcelona y uno de los primeros miembros del Opus Dei. En las conversaciones que ambos sostuvieron en el verano de 1954, el beato Josemaría le comentaba a D. Juan que, para formar buenos médicos en la naciente Escuela, los profesores deberían volcarse en la preparación técnica, práctica y ética de los alumnos pero que, al mismo tiempo, tendrían que realizar, ya desde el principio, una honda labor de investigación, a fin de que la enseñanza, bien enraizada en la experimentación, tuviera una calidad auténticamente universitaria. Este consejo, que sintonizaba perfectamente con las convicciones científicas del Prof. Jiménez Vargas, no

cayó en saco roto, como lo prueba el hecho de que tres años después hizo su aparición la Revista de Medicina de la Universidad de Navarra, nutrida con trabajos experimentales realizados por los que, componíamos en aquellos años el exiguo claustro.

El Beato Josemaría y los enfermos

El fundador de la Universidad deseaba la creación de la Facultad de Medicina (el Studium Generale pasó a Universidad y sus Escuelas a Facultades, en 1961) entre otras cosas, porque en toda Universidad constituye un pilar importante. Pero no era esa la razón principal. Otro motivo, y de peso, era la labor que en el hospital clínico se podía llevar a cabo atendiendo a los enfermos. Labor de efectos recíprocamente beneficiosos, pues los enfermos hallarían curación o al menos alivio de sus dolencias y ellos, ofreciendo sus dolores y molestias, aportarían una ayuda inestimable a la Universidad. El beato Josemaría tenía gran experiencia del valor de la enfermedad. Ya por los años 30 escribió: "Después de la oración del Sacerdote y de las vírgenes consagradas, la oración más grata a Dios es la de los niños y la de los enfermos" (2). Y en uno de sus últimos viajes apostólicos por tierras americanas afirmó: "Los enfermos son hijos de Dios amadísimos: tienen más ocasión que nadie de ofrecer al Señor mil cosas, de sonreír ¡lo que cuesta sonreír estando enfermo!" (3). La experiencia de la enfermedad la vivió en su propia carne, al padecer durante 12 años una diabetes mellitus grave, y todas sus consecuencias. Pero también vivió muy de cerca la experiencia de muchos enfermos. Durante más de 7 años asistió a cientos de ellos: primero, de 1927 a 1931, como capellán del Patronato de Enfermos, que llevaban las Damas Apostólicas. Una de ellas (Asunción Muñoz) testimonió: "Con D. Josemaría teníamos asegurada la asistencia a los enfermos en todo momento. Les administraba los sacramentos y no

teníamos que molestar a la Parroquia a horas intempestivas" (4). Y el número de enfermos a los que atendía era elevado. En una nota que se ha conservado (17 de marzo de 1928) figuraban 13 enfermos para atender ese día y sus domicilios distaban entre sí varios km. Margarita Alvarado, auxiliar de las Damas, refiriéndose a esta labor de D. Josemaría afirmaba: "Siempre solucionaba los problemas... Si surgía algún caso comprometido, si un enfermo en peligro de muerte se resistía a recibir los sacramentos, se le confiaba el encargo con la certeza de que se ganaría su voluntad y le abriría las puertas del Cielo" (5). Posteriormente, desde 1931, fecha en que dejó el Patronato de Enfermos para hacerse cargo del Rectorado del Patronato del convento de las Agustinas Recoletas de Santa Isabel, hasta 1934, asistió a multitud de enfermos del Hospital General, del Hospital de la Princesa y del Hospital del Rey. Solían acompañarle en esas visitas estudiantes universitarios que aprendían a conocer ese aspecto de la vida del hombre, en que la enfermedad, la soledad y la pobreza son los compañeros de muchas personas. Recordando su experiencia en esos años y el apoyo que recibió de los enfermos que ofrecían los dolores y molestias de su enfermedad por la Obra, que entonces daba sus primeros pasos, comentaba en 1974: "Aquel Hospital General de Madrid, cargado de enfermos, paupérrimos, con aquellos tumbados por la crujiá, porque no había camas, aquel Hospital del Rey, del Rey se llamaba, donde no había más que tuberculosos, y entonces la tuberculosis no se curaba ...¡ Y esa fue la fuerza para seguir adelante"! (6).

La dignidad del enfermo

El Beato Josemaría sentía por los enfermos gran predilección porque veía en ellos a Cristo doliente. Quería que en la Clínica Universitaria se les tratara, no como un número sino como corresponde a la dignidad que toda persona humana tiene y especialmente en esa circunstancia de enferme-

dad, en la que son hijos predilectos de Dios.

Cuando el médico ve de esta forma al paciente, el acto médico cobra una dimensión nueva, que se traduce en la forma de hablar al paciente, de explorarle, de aconsejarle, en una palabra, en la capacidad de "simpatizar" con él. En cambio, si el que asiste al enfermo tiene una concepción puramente biológica del hombre, el acto médico se desarrolla de una forma muy diferente. Escrivá, en las palabras que, como gran Canciller de la Universidad, pronunció en el acto de investidura del Prof. J. Lejeune como Doctor honoris causa (mayo de 1972) manifestaba: "Las vidas, que son santas porque vienen de Dios, no pueden ser tratadas como simples cosas, como números de una estadística" (7). Esta visión que valora al enfermo y su enfermedad con un criterio humano y sobrenatural, no le impedía al beato Josemaría apreciar la salud, pues consideraba un deber poner los medios para conservarla. Palabras suyas son éstas: "Hay que procurar, con particular esfuerzo, que el cuerpo responda siempre como buen instrumento del alma y evitar, por las circunstancias de trabajo o por otras cosas, llegar al agotamiento físico, que suele llevar también a la ruina psíquica y producir una falta de energías que son necesarias para la lucha interior" (9). En otra ocasión escribió: "El dolor físico, cuando se puede quitar, se quita ¡bastantes sufrimientos hay en la vida!, y cuando no se puede quitar, se ofrece" (8).

El trabajo así realizado con los enfermos lo veía el beato Josemaría como un medio estupendo de santificación. Una de las novedades más reconfortantes, que, desde la fundación del Opus Dei en 1928, el Beato Josemaría venía predicando, era el valor santificador y santificante del trabajo, cualquiera que fuera y esto es especialmente manifiesto en el trabajo de los médicos y demás personal sanitario, pues ayuda de forma eficaz a llevar la enfermedad con buen ánimo y visión sobrenatural.

Esta necesidad de ver el trabajo como un instrumento de santificación personal queda patente en la conversación que el Beato Josemaría mantuvo con D. Eduardo Ortiz de Landázuri, redactada por este último (8): Después de besarme y sentarme a su lado me sentí como si estuviera en el cielo. Con la mayor confianza le conté mi vida... Él con gesto cariñosísimo y buen humor, me interrumpió para preguntarme: -y tú ¿a qué has venido a Pamplona? Muy ufano le contesté: para ayudar a levantar la Universidad. El Padre, con la rapidez que le caracterizaba, me dijo con energía y levantando la voz: hijo mío, has venido para hacerte santo, si lo logras habrás ganado todo..". En el caso de D. Eduardo no hay duda de que ganó todo, puesto que su causa de Beatificación ya está en marcha.

La formación ética del médico

Una última consideración que me parece oportuno realizar acerca del papel que el Fundador de la Universidad de Navarra atribuía a la Facultad de Medicina, es en relación con la formación ética de sus alumnos. Escrivá veía que era necesario que los estudiantes notaran que la formación científica y ética debían ir hermanadas. Todas las profesiones tienen su ética, pero el trabajo en la profesión médica la necesita de manera especial: casi el cien por cien de sus actuaciones exigen una concepción correcta de lo que es el hombre, del valor de la vida, de lo que el dolor representa en la vida del hombre, etc. y esto debe ser aprendido por los estudiantes en la Facultad. Naturalmente, este aprendizaje no debe limitarse a unas clases teóricas sino que lo tienen que ver hecho vida en los médicos que les dirigen en sus pasantías y rotatorios por los distintos departamentos de la Clínica Universitaria.

Alguien podría preguntarse: Cómo puede servir la misma ética para todos, si en la Facultad de Medicina puede haber estudiantes creyentes y no creyentes, católicos y de otras confesiones. Esta es una

EDITORIAL

dificultad sólo aparente, pues la concepción cristiana de la práctica médica está fundada en la ley natural que afecta a todos los hombres. Cualquier hombre con una recta conciencia tiene una concepción clara de la dignidad de la persona y de la disposición que todo hombre debe tener de ayudar al semejante necesitado. El viejo adagio: "homo homini familiaris et amicus" el hombre es para el hombre familiar y amigo siempre mantendrá su vigencia.

Esta es la ética que se ha vivido y se continúa viviendo en la Clínica Universitaria y ahora son ya muchas las promociones de médicos que, formados en este ambiente, la viven en España y en otras naciones.

He aquí algunos de los motivos por los que la Facultad de Medicina le está muy agradecida a su Fundador, el beato Josemaría y el centenario de su nacimiento es una buena ocasión para manifestarlo.

BIBLIOGRAFÍA

1. Entrevista con Andrés Garrigó, NT, nº 127, p. 26, 1965

2. Camino, nº 98 Rialp, Madrid

3. Tertulia en el Palacio de congresos de Mauá, São Paulo, Brasil, 2 de junio 1974

4. Testimonio de Asunción Muñoz. AGP, RHF, T-04393, p. 2. Cfr. Andrés Vázquez de Prada, El

Fundador del Opus Dei, Rialp, Madrid, 1997, p.281.

5. Testimonio de Margarita Alvarado, AGP, RHF, T-4676, p.1. Cfr. Ibidem, p. 282-283.

6. Tertulia en el colegio Tabancura, Santiago de Chile, 2 de julio, 1974. Cfr. Hoja informativa n. 3, p.9

7. Discurso del gran Canciller Mons. Escrivá de

Balaguer en el acto de investidura del prof. J. Lejeune como Doctor honoris causa de la Universidad de Navarra

8. Herranz, G., Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte. En: AAVV "En memoria de Mons. Escrivá de Balaguer". EUNSA, Pamplona, p. 143.

9. Testimonio de D. Eduardo Ortiz de Landázuri, AGP, RHF, p. 171.